



ECOLOGISMO Y DESARROLLO: DILEMAS DE LOS PROGRESISMOS LATINOAMERICANOS

Gabriela Cabaña*

10 de abril de 2024

Resumen

América Latina se encuentra en medio de un nuevo ciclo de gobiernos progresistas, que se enfrentan a un escenario de crisis ecológica cada vez más agudo. Este artículo analiza algunos de los dilemas clave que han renovado la falsa oposición entre el cuidado de la vida y la economía en la región. Tomando las políticas energéticas como foco, propone que las propuestas y estrategias de acción climática han venido a reforzar las dinámicas extractivistas históricas. Las nuevas fronteras de extracción del litio y los sueños eldoradistas del hidrógeno verde ejemplifican las miradas predominantes que sostienen la promesa del desarrollo “verde” latinoamericano. Sin embargo, las alternativas desde los territorios y movimientos sociales se resisten a este uso instrumental de sus ecosistemas, y siguen cultivando alternativas al desarrollismo.

Introducción

El año 2023 se consolidó en torno a titulares de emergencia climática y ecológica. En América Latina, llegó el “día cero” —es decir, sin agua potable en las redes de distribución pública— a Uruguay (Gudynas, 2023), y hubo represión y violencia policial en Jujuy, movilizadas por la resistencia a la apertura a la minería del litio (Svampa, 2023), por nombrar algunos de los conflictos de larga data que se han hecho críticos los últimos años. En el lado europeo, hubo resistencia desde el campo francés a las medidas de mitigación de la sequía —que favorecen a la agroindustria y secan los ecosistemas—, y otro verano de ruptura de récords de calor e incendios. Entre ambos continentes, emergen nuevas

articulaciones políticas que muestran lo transversal de la coyuntura (por ejemplo, la coordinación de comunidades en las nuevas fronteras de extracción del litio, reunidas bajo la declaración de Jadar) (Balkan Green Energy News, 2022). En suma, pareciera que la encapsulación de los conflictos socioambientales entendidos como secundarios, o existiendo de alguna forma fuera de lo político, comienza a deshacerse. Y, sin embargo, como se desarrolla en este texto, el actuar de los nuevos gobiernos progresistas latinoamericanos parece permanecer frustrantemente limitado a fórmulas ya fracasadas. ¿Cómo entender este momento?

En este artículo abordo la pregunta por la relación entre ecologismo y desarrollo a la luz de la nueva ola de gobiernos progresistas en América Latina. Mi

* Socióloga, y doctora en Antropología por la London School of Economics and Political Science. Investigadora en Fundación Tantí.



argumento será que los gobiernos que podríamos identificar como parte de la “nueva ola progresista” llegan al poder con una articulación con los movimientos ecologistas que es nueva. Sin embargo, hasta ahora no han demostrado ser capaces de romper las limitaciones que los imperativos económicos (angostamente entendidos) han puesto a las agendas transformadoras verdaderamente rupturistas del capitalismo. Para elaborar esta tesis me enfocaré en los casos de Chile, Colombia y Brasil.

Me centraré en desarrollar tres puntos. Primero, que los dilemas que comienzan a solidificarse hacia 2023 son, en gran parte, renovaciones o nuevas iteraciones de antiguas contradicciones y promesas incumplidas de ciclos pasados. Delineo también algunos elementos políticos novedosos de la última década, y cómo estos están revelando nuevos obstáculos para la implementación de agendas de transición socioecológica sin precedente en la región. En la segunda sección, tomo el tema de la transición energética, y las emergentes políticas de exportación de hidrógeno verde en la región, como un caso ejemplar de la repetición de antiguos patrones político-económicos que perpetúan el desarrollismo y renuevan los procesos extractivistas. En tercer lugar, exploro algunas de las alternativas que están emergiendo y consolidándose ante la presión de los nuevos desarrollismos, proponiendo nuevos vocabularios para avanzar en pactos y alianzas globales desde una perspectiva de los pueblos. El texto cierra con una reflexión sobre qué nuevas estrategias están emergiendo que podrían eventualmente romper con los

patrones descritos, y qué preguntas hasta ahora ausentes pueden llevar a romper las inercias del capitalismo fósil.

Un desarrollismo renovado, pero ciego a la realidad ecológica

La cuestión de la “promesa del desarrollo” tiene una existencia paradójica en América Latina. La promesa puede resumirse así: la base de cualquier proyecto político económicamente viable incluye una etapa inevitable de extracción de recursos naturales. Esto es fundamental para la generación de divisas y la recaudación de impuestos, prerequisites para que el Estado pueda invertir en servicios públicos y la ampliación de los derechos sociales. Gudynas describe la persistencia de la categoría de “desarrollo” como una existencia “zombi”: a veces pareciera estar muerta, pero siempre regresa, y hoy sigue sin duda presente en el territorio (Gudynas, 2011; 2014). América Latina, después de todo, lleva varias décadas elaborando diagnósticos críticos al desarrollo (Escobar, 1998). Este modelo básico ha pasado por distintas fases: desde un modelo más activamente orientado a la inversión y el control de empresas privadas, en muchos casos extranjeras, a las iteraciones más recientes del “neodesarrollismo”, en la que el Estado toma un rol “emprendedor” en el uso de recursos y creación de empresas públicas.

Esta última variante, el neodesarrollismo, puede ser útilmente resumida en torno a tres conceptos: la idea de Estado compensatorio; el consenso de los *commodities* y los neoextractivismos o nuevos extractivismos (Gudynas, 2012;



Svampa, 2013). Para Gudynas, un Estado compensatorio viene a mediar las contradicciones de los efectos territoriales de la explotación de recursos. De esta forma, “el Estado capta, o al menos intenta captar, mayores proporciones del excedente generado por los sectores extractivistas, apelando a medidas como regalías o tributos más altos” (Gudynas, 2012:134). El consenso de los *commodities*, a su vez, “subraya el ingreso en un nuevo orden, a la vez económico y político-ideológico, sostenido por el boom de los precios internacionales de las materias primas” (Svampa, 2013: 31). Ambos sitúan sus críticas en una más amplia renovación del extractivismo, conectando, crucialmente, con dinámicas de colonialismo interno. Es decir: ambos identifican la perpetuación de dinámicas racializadas de desigualdad y explotación, muy anteriores a la llegada de estos gobiernos progresistas.

Gudynas y Svampa desarrollaron esos conceptos en el contexto de la última “ola rosa” de comienzos de los años 2000 para explicar cómo los gobiernos de corte progresista fallaron en integrar la crítica ecológica en sus agendas. La crítica se hizo fuerte y clara: los años 2000 y 2010 estuvieron marcados por varios procesos políticos que intentaron ponerle freno a la lógica desarrollista y que fracasaron. Un ejemplo claro es la trunca implementación de la nueva constitución ecuatoriana y la cooptación de la idea de Buen Vivir en un nuevo sinónimo de desarrollo (Acosta, 2009). La frustración en torno a ese proyecto muestra los riesgos de desactivación de proyectos transformadores frente a una inercia que relega siempre las preocupaciones

ambientales a un segundo plano (Caria y Domínguez, 2016),

Este breve resumen del ciclo político reciente, más similar al actual (a comienzo de la década de los 2020), es importante para entender cuáles eran los obstáculos ya presentes a superar, y para resaltar lo que argumentaré que en este caso resulta diferente. Dos elementos de la última década son destacables. Primero, los gobiernos de este último ciclo llegan en un contexto global post-Acuerdo de París (2015) y post-Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), también inaugurados en 2015. Ambos eventos políticos se plantearon como un cambio de paradigma. En su momento, hicieron prever una discusión mucho más seria en torno al estado de la situación y a la necesidad de reformas, así como sobre propuestas de cambios radicales y no incrementales.

Por otra parte, esta vez los gobiernos de izquierda llegan luego de un diálogo mucho más activo y protagonista con las organizaciones socioambientales nacionales. Esto muchas veces se materializó en apoyos explícitos de colectivos históricamente movilizados, haciendo compromisos abiertos, como el de ser “el primer gobierno ecologista” planteado en la campaña de Gabriel Boric en Chile (Leiva, 2023). Chile también viene de un ciclo político importante, el proceso constituyente inaugurado en 2019, cuya convención creó una propuesta inéditamente transformadora entre 2021 y 2022. En ella, problemas históricamente postergados —como el reconocimiento de la plurinacionalidad y el avance de los derechos de la



naturaleza— llegaron a la propuesta final. Aunque el proceso fracasó en el plebiscito de salida en 2022, dio una visibilidad política sin precedente a articulaciones y colectivos socioambientales, que demostraron tener salidas legales e institucionales a varios de los conflictos históricos del país. En el caso de Brasil, fue simbólico el rol de históricos liderazgos indígenas, como fue la llegada de Sonia Guajajara al Ministerio de los Pueblos Indígenas. En Colombia, el gobierno de Petro llegó al poder con un plan de superación de combustibles fósiles (Colombia Sin Fósiles, 2022).

Sin embargo, ambas aperturas y promesas de cambio han resultado insuficientes. Respecto al primer punto, como plantea Arsel (2020), la agenda de los ODS tiene una vista limitada de los problemas ambientales y sigue en el consenso mayoritario de apostar por el crecimiento económico como única vía al “enverdecimiento” de la economía. No se considera, en toda su dimensión, el hecho de que el aumento de bienes en circulación, y los procesos de extracción y uso de energía que ello requiere, ha dañado hasta un punto posiblemente irreparable los ecosistemas globales. Tampoco se tiene en cuenta la gran deuda ecológica acumulada entre el Norte y el Sur Global (Alonso-Fernández y Regueiro-Ferreira, 2022; Hickel *et al.*, 2022), presentada bajo términos aparentemente beneficiosos para ambas partes, pero que continúa con procesos de destrucción territorial muchas veces ignorados y silenciado. Así, esta nueva agenda de desarrollo, que se rehúsa a reconocer patrones históricos de injusticia y apropiación, se ha traducido en un

renovado impulso a los extractivismos, ahora justificados bajo agendas de descarbonización.

Desde hace unos años esto ha sido conceptualizado como un extractivismo verde emergente en la región (Blair *et al.*, 2023; Flores-Fernández, 2021; Morales Balcázar, 2021; Svampa, 2022). La preocupación por esta nueva variedad del extractivismo retoma conceptos previos como el de colonialismo, ahora también renovado como “verde” (Dorn, 2022; Dunlap, 2018; Jerez *et al.*, 2021; Kingsbury, 2021). Aquí el colonialismo es doblemente entendido. En el plano internacional, refiere a las desigualdades entre el Norte y el Sur Global que reproduce las desigualdades del capitalismo global (Jerez *et al.*, 2021). Pero también describe las ya mencionadas dinámicas de colonialismo interno. En otras palabras: si bien las múltiples crisis socioecológicas han logrado permear el lenguaje de lo político y los instrumentos de política pública —como los compromisos de reducción de emisiones—, ello no se ha traducido en acciones que superen las dinámicas opresivas del desarrollismo más tradicional.

Más allá de las desigualdades reproducidas en la extracción de recursos naturales, muchos desafíos más profundos, como la adaptación de los sistemas de protección social a la crisis socioambiental, permanecen sin ser sistémicamente abordados. Los sistemas de integración social siguen basados en el concepto de trabajo (Cabaña, 2019), por lo que el principio de protección del empleo como fin en sí mismo sigue

imponiéndose ante otras preocupaciones en las agendas políticas. Como plantea Lo Vuolo:

el crecimiento económico y sus eslabonamientos, que históricamente fueron las condiciones necesarias para el desarrollo y funcionamiento de las instituciones del Estado de Bienestar tradicional, hoy son parte del problema que debe ser atendido para proteger a la población de los riesgos vinculados a la crisis ambiental (Lo Vuolo, 2022: 6).

El mismo autor señala que el desarrollo de ciertos sectores que pueden parecer beneficiosos a corto plazo —como el desarrollo de la “frontera agropecuaria”— son contraproducentes, en tanto erosionan la capacidad de los ecosistemas para seguir funcionando.

Por otra parte, en el ámbito de los discursos políticos progresistas más explícitamente comprometidos con los desafíos ecológicos, no se logra avanzar de la declaración a la implementación. Un problema, desde mi perspectiva como participante en el proceso de conformación del Frente Amplio en Chile en 2016-2017, es la persistente y creciente grieta epistémica entre ecología y economía. Es decir: a menudo se incorporan grupos de trabajo e iniciativas en torno a las luchas socioambientales que plantean demandas históricas y concretas de reparación y justicia. Pero las verdaderas causas de los daños y crímenes ambientales —el llamado “modelo de desarrollo”— continúa increíblemente restringido a lo que Gudynas describió como Estado compensador (y esto, en el mejor de los casos). Las propuestas económicas se mantienen en una perspectiva ortodoxa y productivista. Esta forma de pensar y

plantear los problemas se traduce en cortocircuitos a la hora de gobernar, cuando el pragmatismo y el llamado “realismo político” terminan inclinando la balanza a favor de las necesidades de estabilidad macroeconómica y de crecimiento. Dicho de otra manera: a la hora de tomar decisiones políticas, y cuando toca enfrentar el poder de distintos ministerios al interior del Estado “Hacienda le gana al Ambiente”.

Esta grieta epistémica es, por supuesto, política, en al menos dos sentidos. En un primer sentido, para los países de la región no continuar insertados en la economía globalizada de exportación de *commodities* no parece una opción. La adaptación de los territorios a economías de plantación —soya en el Chaco, salmonicultura en el sur de Chile, café en Centroamérica, por nombrar algunos— ha erosionado las autonomías locales. Las nuevas dependencias han llegado a un punto en el que parece imposible revertir el curso y apuntar hacia proyectos, como la soberanía alimentaria, que requieren romper con mecanismos como el endeudamiento y financiarización, profundamente enraizados en la región.

En un segundo sentido, derivado del primero, hay una falta de imaginarios diferentes, de formas de bienestar aún por construir. Los horizontes de provisión de servicios continúan reproduciendo un modelo corporativo y apuntando a un modo de vida imperial (Brand y Wissen, 2018). Esto es, un modo de vida en el que el acceso a los recursos de la naturaleza, por vía de la experiencia cotidiana de ciertos bienes y servicios se da por sentado, a pesar de estar basado en

dinámicas de explotación entre los centros de consumo y las periferias (donde se viven las consecuencias de la extracción). Su expansión desde los centros imperiales hacia la semiperiferia, como América Latina (Olarte-Sánchez *et al.*, 2022) es sintomática de un sentido común que se resiste a modificar esa relación de subordinación. El Norte Global permanece como horizonte de llegada. Esto es particularmente claro en el caso de la energía, explorado en la siguiente sección.

Transición energética: una agenda cooptada por el paradigma fósil

Lo que he descrito como una ceguera epistémica, así como los procesos de renovación del extractivismo y el colonialismo, se observan claramente en los patrones emergentes de las transiciones energéticas en América Latina. Esta agenda es útil para entender las contradicciones del desarrollo: en el plano de las políticas públicas la energía es un tema abordado junto a temas clásicos del desarrollismo, como la minería o la industria. Es un símbolo de las ideologías que respaldan la necesidad de una constante expansión productiva. Pero a nivel de implementación de proyectos energéticos, estos han estado en el centro de los conflictos ambientales más importantes de la región. En ellos se visibilizan las desiguales consecuencias territoriales del modo de vida imperial.

A grandes rasgos, toda la región se mantiene dependiente de los combustibles fósiles en sus matrices energéticas. En algunos casos, como el de Colombia, es un importante producto de exportación. Y mientras las inversiones en energías

renovables han estado en aumento sostenido, en su mayoría han tenido un marcado corte corporativo (Bertinat *et al.*, 2020). En este modelo:

la mayoría de los elementos (artefactos, proyectos, normativas, investigación y desarrollo, etc.) son controlados por, o funcionan en favor de, corporaciones transnacionales o potencias mundiales, complejizando los sistemas y la cotidianeidad bajo la excusa de la eficiencia, y limitando así la posibilidad de democratizar el uso de la energía y la tecnología (Bertinant y Chemes 2020: 3).

A la vez, los principios de planificación energética, y de la generación eléctrica en particular, van orientadas a satisfacer las demandas industriales y a ubicar el grueso de la generación y transmisión en terrenos considerados “vacíos” o de poco valor. El caso probablemente más documentado es el de México, en el que la expansión de la energía eólica se ha hecho reproduciendo patrones de despojo de tierras comunales y falta de democracia en los sistemas energéticos (Avila-Calero, 2017; ecopolítica, 2023). La Guajira colombiana, territorio del pueblo indígena Wayuu, también ha sido escenario de un rápido avance de instalación de energía eólica (González Posso y Barney, 2019; Ulloa, 2023). En Chile, se perfila un nuevo núcleo de conflictos en torno a la expansión eólica en el sur del país.

Una agenda emergente que ha llevado esta orientación corporativa a un nuevo nivel es la del hidrógeno verde. Desde 2020, y particularmente desde la emergencia de agendas de “reactivación” ligadas a la reapertura económica luego de las primeras medidas en contra de la COVID-19, el hidrógeno se ha convertido en la nueva promesa doradista (Svampa,



2016). El hidrógeno es un vector energético, un portador de energía que puede ser sintetizado de diferentes maneras, y que hoy es producido en un 99% usando combustibles fósiles. El atractivo de este vector es su uso como combustible, una pieza hasta ahora faltante en los planes de desfosilización vía electrificación. La propuesta de producir un hidrógeno “verde” refiere a producir este vector a través de electricidad proveniente de fuentes renovables. El proceso requiere como insumo dos elementos: agua purificada y electricidad.

A primera vista, el hidrógeno verde parece ofrecer una solución casi milagrosa a la dependencia fósil de nuestro sistema energético. Sin embargo, como he desarrollado en otros lugares (Cabaña Alvear y Aedo, 2021; Cabaña, 2022a; 2022b) la forma en que están tomando forma las estrategias y políticas nacionales de hidrógeno verde están lejos de corregir los errores planteados al inicio de este texto. El principal problema es que confiar en un futuro de igual o creciente intensidad energética a través del hidrógeno es seguir ignorando las contradicciones ecológicas del desarrollo. En el caso de Chile, la Estrategia Nacional de Hidrógeno Verde plantea un ambicioso horizonte de expansión, planeando una construcción sin precedentes de infraestructura renovable, de la cual su mayoría iría a producción de hidrógeno para exportación. Hacia 2050, proyecta que existan 300 GW de capacidad renovable asociada, en un país en el que hoy existen 11 GW de capacidad instalada en el Sistema Eléctrico Nacional (Ministerio de

Energía, 2020). Documentos similares existen en países como Uruguay y Brasil. En 2021, la Agencia Internacional de Energía identificó que 10 países de la región tenían o estaban preparando documentos similares (Agencia Internacional de Energía, 2021), lo que muestra el entusiasmo generalizado. En todos los contextos, el rol del Estado se plantea como coordinador y atractor de inversión privada y extranjera. La apuesta, como ejemplifica la política uruguaya, es hacia disminuir los costos de producción, llegando a los 1,2-1,4 USD/kg en 2030 (Ministerio de Industria, Energía y Minería, 2022: 9). Solo así el hidrógeno verde será más barato que sus contrapartes fósiles.

Todos estos horizontes amplían las miradas sobre los territorios como naturaleza barata, tan barata como para competir con los combustibles fósiles que hacen funcionar la economía globalizada. Por eso el foco en la rápida expansión y en conseguir economías de escala es transversal en todos los planes nacionales. ¿Dónde está entonces el problema con estos planes? La promesa eldoradista del hidrógeno puede cuestionarse desde varias miradas. No es solo que se esté dando de nuevo protagonismo a los mismos actores corporativos, teniendo como consumidor final a los países ricos de Europa. No son solo los múltiples desafíos técnicos de usar la molécula más pequeña que existe como un símil del gas o el diésel, y que existen aún muchas interrogantes logísticas respecto a su transporte seguro y eficiente. La eficiencia en la producción, transporte y uso de hidrógeno es muy baja, mucho menor a las alternativas existentes



(Agencia Internacional de Energía, 2022). Antonio Turiel (2020), por ejemplo, considera que, de la cantidad de energía que va a sintetizar hidrógeno, solo un 25% está realmente disponible al punto final de uso. Eso, sin contar los problemas de fugacidad y corrosión a las cañerías que este elemento provoca, que requerirían una total transformación de las infraestructuras energéticas. Estos obstáculos ya hacen cuestionable la promesa del hidrógeno, incluso desde una perspectiva capitalista tecno-optimista.

Desde una mirada más sistémica, las grandes pérdidas energéticas implicadas en la producción de hidrógeno verde nos obligan a ampliar los bordes de lo que implicaría tomar en serio la propuesta de convertirlo en una nueva *commodity* de exportación. En otras palabras: dada la envergadura de la infraestructura que se proyecta para producir hidrógeno, ¿qué repercusiones tiene la ampliación de la capacidad energética renovable no convencional, tanto en los territorios como más allá de ellos? Las energías renovables —en las que se basa la viabilidad de un hidrógeno abundante— están al corazón de crecientes conflictos ambientales, y tienen una huella material que no se puede ignorar por el simple hecho de ser “carbono-neutrales”. Las energías solar y eólica, principales protagonistas de todas las propuestas de hidrógeno existentes, presentan el problema de ser muy intensivas en materiales y espacio.

Ya mencioné arriba los crecientes conflictos socioambientales que se viven en los territorios de extracción. A eso debemos sumar la creciente demanda por

materias primas para la construcción de turbinas, aspas y paneles solares. En muchas estimaciones, las proyecciones de demanda de ciertos minerales exceden con creces las reservas existentes (Dominish *et al.*, 2019). El problema se extiende también a materias primas consideradas renovables, como la madera. En 2020, un rápido incremento en la demanda de madera de balsa en Ecuador —usada para construir aspas eólicas— produjo un dramático aumento de la tala indiscriminada de este árbol (Bravo, 2021). Esto ha implicado la depredación de la balsa silvestre y el avance de los monocultivos de balsa, destruyendo tanto el tejido social como el delicado ecosistema del bosque tropical amazónico. Por último, el hecho de que la producción de hidrógeno verde requiera agua, en un contexto de crecientes crisis hídricas en el continente, no puede ser dejado de lado. En suma, ser “no-fósil” no convierte a una fuente energética en libre de impacto. Las energías renovables —mejor dicho, el viento y el sol como elementos naturales— pueden ser “infinitas”, pero las infraestructuras son finitas. Requieren constante mantención y reemplazo para mantener los sistemas a los que proveen.

La urgencia en avanzar y “asegurar” inversiones y acuerdos comerciales en torno al hidrógeno bajo una mal entendida urgencia climática está tomando fuerza como discurso político. Esta agenda se plantea como la única salida financiera a procesos rápidos de descarbonización, en un proceso de “clausura temporal” del futuro (Jaramillo y Carmona, 2022). En esta clausura, se plantea un único futuro imaginable: uno en el que el hidrógeno



verde se vuelve protagonista de nuestros sistemas energéticos. Si el hidrógeno verde es un futuro inescapable —se le llama en varias formas de promoción “el combustible del futuro”—, el único espacio de maniobra política son los términos de explotación. Esta clausura se ha hecho desde múltiples actorías: desde las consultoras privadas que han hecho los diagnósticos técnicos; los organismos europeos de cooperación; las industrias fósiles que crean proyectos de hidrógeno verde como parte de sus estrategias de enverdecimiento; y los discursos de los líderes de Estado. En este escenario, el Estado se vuelve un agente de “reducción de riesgos”, es decir, uno que permite el dominio de los capitales privados en la definición de los términos de una posible industrialización verde (Gabor y Sylla, 2023).

Algo similar ocurre con el litio, que ya ha sido identificado como un caso paradigmático de renovación verde del extractivismo (Argento y Slipak, 2021). Chile anunció a comienzos del 2023 una Estrategia Nacional del Litio. Esta ha sido denunciada desde los pueblos indígenas y las organizaciones de la sociedad civil de los salares donde se encuentra el litio, como una política hecha a sus espaldas. En contraste, plantea el Observatorio Plurinacional de Salares Andinos (OPSAL), con las “más de 100 reuniones de lobby que tuvo el Gobierno con representantes de empresas interesadas en la expansión de la minería del litio y del mercado de la electromovilidad” (OPSAL, 2023).

En suma, en el caso chileno la agenda progresista no ha trascendido un modelo

conocido: apostar por presentar al país como un escenario amigable para la inversión de compañías extranjeras, un marco de claridad y certeza jurídica, pero que nuevamente evade las preguntas centrales: ¿litio para quién y para qué? Un caso potencialmente contrastante es Bolivia, que ha tomado una ruta distinta de explotación e industrialización, por vía de una empresa nacional. Pero también ha anunciado la exploración de nuevas reservas de hidrocarburos, incluyendo territorios que son reservas naturales (DW, 2023). En ese sentido, el rol protagonista del Estado boliviano no ha logrado delinear un modelo alternativo: pese a los esfuerzos, las reservas permanecen sin explotar dados problemas técnicos y políticos, y las nuevas alianzas para cambiar las formas de explotación con Rusia, China y Estados Unidos continúan privilegiando lógicas extractivistas (Blair *et al.*, 2023).

Así pues, los imperativos de la extracción que actuaron en la anterior “ola rosa” de la región se han adaptado a nuevos discursos de crecimiento verde. Esto se ha hecho desplazando agendas de justicia climática y, en el caso de la energía, ignorando la necesidad de avanzar hacia una mayor democracia y una menor pobreza energética. Sin embargo, apuestas que rompen con el desarrollismo siguen siendo nutridas y defendidas desde otras esferas, ofreciendo formas de imaginar alternativas de descarbonización que sean verdaderamente emancipadoras.

Alternativas desde la energía: nuevos vocabularios

Retomemos la cuestión de las contradicciones entre desarrollo y

ecologismo: hasta ahora, hemos recorrido la persistencia de ciertos desafíos y cegueras epistémicas que dominan el panorama político en América Latina. En contraste, y siguiendo con el foco de este artículo, ¿qué significa aproximarse a la necesidad de una transición energética desde las agendas de justicia ambiental, necesidad de regeneración y restauración, y solución de históricas desigualdades en el acceso a la energía?

Distintos espacios, como Censat Agua Viva en Colombia, llevan tiempo aunando y compartiendo ejemplos en el ámbito de las energías comunitarias. En su exhibición virtual, que viene ocurriendo anualmente desde 2020, se visualizan “iniciativas y prácticas en energías alternativas desarrolladas por organizaciones sociales, urbanas y rurales de América Latina” (Censat Agua Viva, 2023). Lo fundamental de estas iniciativas es que no abordan la “energía” como una *commodity*, un elemento separable en abstracto del resto del quehacer de las comunidades y personas. En cambio, elaboran y democratizan su generación y manejo en sinergia con el cuidado del entorno. En pocas palabras: la energía comunitaria y autónomamente manejada será mucho más coherente con un proyecto ecologista, ya que estos proyectos “contribuyen a resolver asuntos como el tratamiento de aguas contaminadas, la recuperación de suelos, la preservación de las aguas y la creación de mejores condiciones de vida tanto en el campo como en la ciudad” (Soler Villamizar y Moncaleano, 2022: 45).

En líneas similares, la iniciativa Transición Justa Latinoamérica ha hecho

un mapeo que muestra las contradicciones de los impulsos recientes a las energías renovables. Como señala su análisis:

Existe una tensión recurrente entre las iniciativas macropolíticas, a nivel de políticas públicas, marcos normativos y tendencias históricas de las matrices productivas, basadas en el extractivismo y la exportación de materias primas; y los procesos micropolíticos de construcción de resistencias y alternativas, que interpelan los impactos socioecológicos de los nuevos proyectos energéticos y de la extracción de materiales para la electrificación; al mismo tiempo que promueven procesos muy concretos de reapropiación y co-diseño de tecnologías (Transición Justa Latinoamérica, 2023: 41).

Estos espacios, así como la ya mencionada declaración de Jadar y el Observatorio Plurinacional de Salares Andinos, presentan otro tipo de redes, diagnósticos y prioridades de acción. A pesar de eso, siguen siendo marginalizados institucionalmente, incluidos o informados de decisiones y procesos más amplios ya definidos desde los poderes nacionales. A la vez, y de manera más fundamental, estas redes ofrecen otra posición política para pensar los dilemas de los progresismos latinoamericanos: desde la experiencia concreta, vivida de los impactos ambientales del desarrollismo. Este “llamado a la tierra”, desde quienes habitan fronteras de extracción, no apunta a futuros grandilocuentes ni a industrializaciones nostálgicas: se orienta hacia la regeneración de la trama de la vida.

Volvamos a la pregunta por el hidrógeno para pensar esto a nivel más concreto. Existen abundantes diagnósticos y herramientas de cómo fomentar asociatividad y manejo comunitario de



recursos para abordar preguntas concretas: desde la mejora de la aislación a un uso más racional de biomasa en la calefacción doméstica (Araya y Oyarzún, 2024). Sin embargo, no son estos los objetivos de un energético como el hidrógeno verde de la manera en que está siendo imaginado hoy. Quienes quieran seguir apostando por este vector y pretendan trascender la relación con las comunidades en los territorios como simples otorgadoras de la “licencia social para operar”, tendrán que comenzar a plantearse otras preguntas: ¿cómo se puede poner al servicio de las necesidades concretas de las comunidades en los lugares donde se produce? Esto significa incorporar otras preguntas al diseño de las políticas energéticas. Por ejemplo, ¿qué innovaciones técnicas y modelos de propiedad y gestión harían de una planta de hidrógeno verde una contribución a los objetivos ya identificados por quienes hoy viven en pobreza energética?

Las respuestas a estas preguntas están por construir. Pero tomarlas en serio ofrece una vía práctica para pensar y actuar de una manera que subvierta las tendencias verticales del desarrollismo latinoamericano.

Conclusión: hacia convergencias plurinacionales y transnacionales

El argumento delineado en este texto sugiere una lectura todavía muy emergente del ciclo político actual, que no termina aún de decantarse. Mi objetivo ha sido apuntar a ciertas coyunturas que reflejan la resistencia y seducción de los discursos desarrollistas. Los primeros desafíos de los nuevos gobiernos progresistas muestran que se perpetúa una

ceguera ante la realidad ecológica, y una incapacidad de pensar en términos de límites y suficiencia.

En suma, el gran obstáculo de los progresismos emergentes sigue siendo una mirada económica sumamente conservadora. Desde esa posición, resulta imposible romper los círculos de dependencia financiera a través del imperativo de adquirir divisas externas. Mientras esas desigualdades globales no se rompan, habrá muy poco espacio para planificar transiciones y transformaciones ecosociales profundas. Movimientos como “Deuda por el clima” están generando una narrativa política para entender el rol de la deuda financiera del Sur Global como un elemento central de cualquier debate de transición justa con autodeterminación (Debt for Climate, 2023). Las estructuras coloniales persisten dentro y entre países, y mientras antiguas relaciones se refuerzan —como la apertura comercial entre América Latina y Europa—, otras nuevas, como la arremetida de China y la presencia de Rusia, no están libres de desbalances de poder y relaciones depredadoras.

En esta ruptura del *statu quo* global, Latinoamérica puede encontrar aliados interesantes. Un ejemplo es el movimiento y escuela de pensamiento del decrecimiento, que tiene como eje central el avance una agenda anticolonial (Hickel, 2021). Para “salir del laberinto capitalista” (Acosta y Brand, 2018) será necesario visualizar futuros justos más allá de las fronteras nacionales. Los modelos globales de transición hacia una economía que respete los límites planetarios que se están elaborando desde

el campo del decrecimiento todavía tienen un campo político que conquistar. Por último, asumir esta nueva perspectiva de alianzas significa explorar también la pregunta: ¿cómo recuperar los espacios de articulación territorial sin ser totalmente encajonados por la institucionalidad estatal? No se trata de abandonar el Estado, pero sí de expandir

el sentido de lo político y lo común fuera de él. Esta tensión entre poder institucionalizado y comunidades afectas y auto-organizadas, ha estado al centro de los dilemas explorados en este artículo, y sin un abordaje profundo arriesgamos a que las buenas intenciones de cambio hagan agua a su alrededor.

Conclusiones

- La necesidad de actuar para la mitigación climática está presente en la agenda política latinoamericana de una forma que oscurece la crisis ecológica más amplia.
- Acciones relacionadas con la energía, como la extracción de litio e hidrógeno verde, se están convirtiendo en puntas de lanza de las agendas de transformación económica latinoamericana.
- La lógica de la compensación y una visión comodificadora de los territorios sigue siendo predominante, a pesar de los discursos de economía o crecimiento “verde”.
- Los movimientos ecologistas, a pesar de haber ganado posicionalidad y visibilidad, han llegado debilitados a las alianzas gobernantes.
- Los movimientos territoriales y nuevas alianzas entre territorios del Sur Global continúan proponiendo y prefigurando alternativas al desarrollismo.

Referencias bibliográficas

- ACOSTA, A. (2009): “El Buen Vivir, una oportunidad por construir”, *Ecuador Debate*, 75, pp. 22–48.
- ACOSTA, A., y BRAND, U. (2018): *Salidas del laberinto capitalista: Decrecimiento y postextractivismo* (2^{da} edición), Fundación Rosa Luxemburg, Oficina Región Andina.
- AGENCIA INTERNACIONAL DE ENERGÍA (2021): *Hydrogen in Latin America: From near-term opportunities to large-scale deployment*, International Energy Agency. DOI: <https://doi.org/10.1787/68467068-en>.
- (2022): *Global Hydrogen Review 2022*.
- ALONSO-FERNÁNDEZ, P. y REGUEIRO-FERREIRA, R. M. (2022): “Extractivism, ecologically unequal exchange and environmental impact in South America: A study using Material Flow Analysis (1990–2017)”, *Ecological Economics*, 194, 107351. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.ecolecon.2022.107351>.
- ARAYA, P. y OYARZÚN, T. (2024): *Guardianas del calor. Mujeres y el cuidado del calor del hogar*. ONG RedPE. Disponible en: https://cl.boell.org/sites/default/files/2024-02/libro_las-guardianas-del-calor_version-digital_051223.pdf.
- ARGENTO, M. y SLIPAK, A. (2021): “Litio en Sudamérica, más extractivismo en la acumulación por desfosilización”, *Energía y Equidad*, 3, pp. 70–75.
- ARSEL, M. (2020): “The myth of global sustainability: Environmental limits and (de)growth in the time of SDGs”, *ISS Working Paper Series / General Series*. Disponible en: <https://repub.eur.nl/pub/129596>.
- AVILA-CALERO, S. (2017): “Contesting energy transitions: Wind power and conflicts in the Isthmus of Tehuantepec”, *Journal of Political Ecology*, 24(1). DOI: <https://doi.org/10.2458/v24i1.20979>.
- BALKAN GREEN ENERGY (2022): “Jadar Declaration unites activists in global resistance against lithium mining”, *Balkan Green Energy News*, 9 de julio. Disponible en: <https://balkangreenenergynews.com/jadar-declaration-unites-activists-in-global-resistance-against-lithium-mining/>.
- BERTINAT, P., CHEMES, J. y PROYECTO REGIONAL TRANSFORMACIÓN SOCIAL-ECOLÓGICA EN AMÉRICA LATINA (2020): *Aportes del sector energético: A una transición social-ecológica*.
- BLAIR, J. J. A., BALCÁZAR, R. M., BARRANDIARÁN, J. y MAXWELL, A. (2023): “The ‘Alterlives’ of Green Extractivism: Lithium Mining and

- Exhausted Ecologies in the Atacama Desert”, *Revue Internationale de Politique de Développement*, 16. DOI: <https://doi.org/10.4000/poldev.5284>.
- BRAND, U. y WISSEN, M. (2018): *The limits to capitalist nature: Theorizing and overcoming the imperial mode of living*, Rowman & Littlefield International.
- BRAVO, E. (2021): *Energías Renovables, Selvas Vacías. Expansión de la energía eólica en China y la tala de balsa en el Ecuador*, Acción Ecológica - Naturaleza con Derechos. Disponible en: <https://www.naturalezaconderechos.org/wp-content/uploads/2021/09/LA-BALSA-SE-VA.pdf>.
- CABAÑA ALVEAR, G. y AEDO, M. P. (2021): “Hidrógeno... ¿verde?”, *CIPER Chile*, 22 noviembre. Disponible en: <https://www.ciperchile.cl/2021/11/22/hidrogeno-verde/>.
- CABAÑA, G. (2019): “Dignidad es cuidado. Hacia una nueva forma de integración social”, *Revista Intervención*, 9(2).
- (2022a): *El hidrógeno verde: Los peligros de una transición hacia lo mismo*, Heinrich-Böll-Stiftung. Disponible en: <https://sv.boell.org/es/2022/10/31/el-hidrogeno-verde-los-peligros-de-una-transicion-hacia-lo-mismo>.
- (2022b): “Las mil promesas del hidrógeno verde”, *Nueva Sociedad*, 19 de mayo. Disponible en: <https://nuso.org/articulo/las-mil-promesas-del-hidrogeno-verde/>.
- CARIA, S. y DOMÍNGUEZ, R. (2016): “Ecuador’s Buen vivir: A New Ideology for Development”, *Latin American Perspectives*, 43(1), pp. 18–33. DOI: <https://doi.org/10.1177/0094582X15611126>.
- CENSAT AGUA VIVA (2023): *Exhibición virtual de experiencias comunitarias de transición energética justa*, Transición Energética Justa. Disponible en: <https://transicionenergeticajusta.org/>.
- COLOMBIA SIN FÓSILES (2022): *Colombia Sin Fósiles*. Disponible en: <https://www.colombia-sin-fosiles.org>.
- DEBT FOR CLIMATE (2023): *Debt for Climate*. Disponible en: <https://www.debtforclimate.org>.
- DOMINISH, E., TESKE, S. y FLORIN, N. (2019): *Responsible Minerals Sourcing for Renewable Energy*, Report prepared for Earthworks by the Institute for Sustainable Futures, University of Technology Sydney.
- DORN, F. M. (2022): “Green colonialism in Latin America? Towards a new research agenda for the global energy transition”, *European Re-*

- view of Latin American and Caribbean Studies*, 0(114), 137. DOI: <https://doi.org/10.32992/erlacs.10939>.
- DUNLAP, A. (2018): “The ‘solution’ is now the ‘problem’; wind energy, colonisation and the ‘genocide-ecocide nexus’ in the Isthmus of Tehuantepec, Oaxaca”, *The International Journal of Human Rights*, 22(4), pp. 550–573. DOI: <https://doi.org/10.1080/13642987.2017.1397633>.
- DW (2023): *Bolivia abre exploración de hidrocarburos en reserva natural* (01/04/2023). Disponible en: <https://www.dw.com/es/bolivia-inicia-exploraci%C3%B3n-de-hidrocarburos-en-un-pozo-en-una-reserva-natural/a-65205417>.
- ECOPOLITICA (2023): “La cosecha del viento. Privatización de los comunes y conflictos por las rentas eólicas en el Istmo de Tehuantepec, México”, *Ecología Política*, 20 de julio. Disponible en: <https://www.ecologiapolitica.info/la-cosecha-del-viento/>.
- ESCOBAR, A. (1998): *La invención del Tercer Mundo: Construcción y deconstrucción del desarrollo*, Editorial Norma.
- FLORES-FERNÁNDEZ, C. (2021): “El avance de la minería de Litio en el Salar de Maricunga: Desposesión por descarbonización en la última frontera del extractivismo verde”, en R. MORALES BALCÁZAR (ed.): *Salares Andinos: Ecología de Saberes para la protección de Nuestros Salares y Humedales*, OPSAL, pp. 219–236.
- GABOR, D. y SYLLA, N. S. (2023): “Derisking Developmentalism: A Tale of Green Hydrogen”, *Development and Change*, n/a(n/a), pp. 1–28. DOI: <https://doi.org/10.1111/dech.12779>.
- GONZÁLEZ POSSO, C. y BARNEY, J. (2019): *El viento del este llega con revoluciones*, Heinrich Böll Stiftung.
- GUDYNAS, E. (2011): “Alcances y contenidos de las transiciones al post-extractivismo”, *Debate*, 82, pp. 61–80.
- (2012): “Estado compensador y nuevos extractivismos”, *Política y Gobierno*, 237, pp. 128–146.
- (2014): “El postdesarrollo como crítica y el Buen Vivir como alternativa”, en G. C. DELGADO RAMOS (ed.): *Buena Vida, Buen Vivir: Imaginarios alternativos para el bien común de la humanidad*, CEIICH, UNAM, pp. 61-95. Disponible en: <http://gudynas.com/wp-content/uploads/GudynasPostDesarrolloBuenVivirMx14.pdf>.
- (2023): *El día cero*, 9 de julio. Disponible en:

- <https://www.sinpermiso.info/textos/el-dia-cero>.
- HICKEL, J. (2021): “The anti-colonial politics of degrowth”, *Political Geography*, 102404. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.polgeo.2021.102404>.
- HICKEL, J., DORNINGER, C., WIELAND, H. y SUWANDI, I. (2022): “Imperialist appropriation in the world economy: Drain from the global South through unequal exchange, 1990–2015”, *Global Environmental Change*, 73, 102467. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.gloenvcha.2022.102467>.
- JARAMILLO, P. y CARMONA, S. (2022): “Temporal enclosures and the social production of inescapable futures for coal mining in Colombia”, *Geoforum*, 130, pp. 11–22. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2022.01.010>.
- JEREZ, B., GARCÉS, I. y TORRES, R. (2021): “Lithium extractivism and water injustices in the Salar de Atacama, Chile: The colonial shadow of green electromobility”, *Political Geography*, 87, 102382. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.polgeo.2021.102382>.
- KINGSBURY, D. V. (2021): “Latin American Extractivism and (or after) the Left”, *Latin American Research Review*, 56(4). DOI: <https://doi.org/10.25222/larr.1668>.
- LEIVA, S. (2023): *Los primeros cien días del primer gobierno ecológico*, Heinrich-Böll-Stiftung. Disponible en: <https://cl.boell.org/es/2022/06/30/105-primeros-cien-dias-del-primer-gobierno-ecologico>.
- LO VUOLO, R. (2022): “Crisis climática y políticas sociales: Del Estado de Bienestar al Estado Eco-Social”, *Documentos de Trabajo*, Centro Interdisciplinario Para el Estudio de Políticas Públicas – CIEPP 111.
- MINISTERIO DE ENERGÍA (2020): *Estrategia Nacional de Hidrógeno Verde. Chile, fuente de energía para un planeta cero emisiones. Versión noviembre 2020*. Disponible en: https://energia.gob.cl/sites/default/files/estrategia_nacional_de_hidrogeno_verde-chile.pdf.
- MINISTERIO DE INDUSTRIA, ENERGÍA Y MINERÍA (2022): *Hoja de ruta del hidrógeno verde en Uruguay*. Disponible en: https://www.gub.uy/ministerio-industria-energia-mineria/sites/ministerio-industria-energia-mineria/files/documentos/noticias/H2_final_14jul22_digital.pdf.
- MORALES BALCÁZAR, R. (2021): “Crisis y minería del litio en el Salar de Atacama. La necesidad de una mirada desde la Justicia Climática”, en Observatorio Plurinacional de



- Salares Andinos: *Salares Andinos: Ecología de Saberes para la protección de Nuestros Salares y Humedales*, Fundación Tanti, pp. 82–95.
- OLARTE-SÁNCHEZ, L. E., PREISER, A. y SCHLOSSER, N. (2022): *Reproducing the Imperial Mode of Living in Times of Climate Crisis: Green(ing) Extractivisms and Eco-territorial Conflicts in the Chilean, Mexican and Peruvian Mining Sector [1]*, FIAR, Forum for Inter-American Research, 15.
- OPSAL (2023): *Declaración por la Estrategia Nacional del Litio. Los salares no son minas, los salares son humedales*. Disponible en: <https://salar.es/wp-content/uploads/2023/04/Declaracion-OPSAL-por-PNL-1.pdf>.
- SOLER VILLAMIZAR, J. P. y MONCALEANO, V. (2022): “Exhibición virtual de propuestas comunitarias para la transición justa de los pueblos y para los pueblos”, *Revista energía y equidad* 4, Heinrich-Böll-Stiftung, pp. 42–46.
- SVAMPA, M. (2013): *Consensus of the commodities and languages of valuation in Latin America*. Disponible en: <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/6451>.
- (2022): “Dilemas de la transición ecosocial desde América Latina”, *Documentos de trabajo*, Madrid, Oxfam-Fundación Carolina. DOI: <https://doi.org/10.33960/issn-e.1885-9119.DTFO02>.
- (2023): “Jujuy, postal de la Argentina frágil y en peligro”, *Revista Anfibia*, 18 de julio. Disponible en: <https://www.revistaanfibia.com/jujuy-postal-argentina-fragil-y-en-peligro-maristella-svampa/>.
- TRANSICIÓN JUSTA LATINOAMÉRICA (2023): *Transición Justa en Latinoamérica: Reflexiones y experiencias territoriales. Informe 2022*. Disponible en: www.transicionjusta.com.
- TURIEL, A. (2020): “The Oil Crash: Asalto al tren del hidrógeno”, *The Oil Crash*, 9 de octubre. Disponible en: <https://crashoil.blogspot.com/2020/10/asalto-al-tren-del-hidrogeno.html>.
- ULLOA, A. (2023): “Aesthetics of green dispossession: From coal to wind extraction in La Guajira, Colombia”, *Journal of Political Ecology*, 30(1). DOI: <https://doi.org/10.2458/jpe.5475>.



Fundación Carolina, abril 2024

Fundación Carolina
Plaza del Marqués de Salamanca nº 8
4ª planta, 28006 Madrid - España
www.fundacioncarolina.es
@Red_Carolina

https://doi.org/10.33960/AC_09.2024

La Fundación Carolina no comparte necesariamente las opiniones manifestadas en los textos firmados por los autores y autoras que publica.

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

